

Fray José María Lagrange O.P.

Instrucción a los discípulos sobre su futura predicación.

No se expuso Jesús abiertamente a la cólera de los doctores por el gusto de provocarlos; necesitaba poner de relieve en qué difería su espíritu del de ellos. Después de manifestar las características de su método, va a decir a sus discípulos lo que de ellos espera, llamados como están a ser maestros de una doctrina antigua en sus principios, pero completada por El y enseñada con espíritu nuevo. Acaso el haber oído la denuncia hecha de las prácticas poco nobles de los doctores fue lo que hizo que se juntase tanta gente. Mientras se disputaban los puestos más cercanos al Maestro, halló medio de aislarse con sus discípulos. El principio que lo domina todo, sugerido por las circunstancias, es que deben guardarse de la levadura de los fariseos, es decir, de ese método de simulación, que no le dice al pueblo más que lo que les conviene.

Jesús se ve aún obligado a guardar ciertos miramientos; habla, valga la frase, al oído, en la obscuridad, y con más razón lo harán así los discípulos cuando vayan a predicar en familia, pues no habían de decir más que su Maestro. ¿Qué discípulo sería tan osado que se lisonjease de obrar de otra manera? Ya llegaría el momento en que todo fuera revelado. La doctrina de Jesús no tiene dos sentidos: uno, para los que la conocen en secreto, y otro, para el común de los mortales; no, lo que Jesús dice ahora a sus discípulos deberá ser predicado desde los tejados. Si del Maestro han pensado mal y lo han perseguido, sus discípulos no correrán mejor suerte. No deben temer a los que pueden matar los cuerpos, pero no las almas, sino solamente a Aquel que puede echar al infierno los cuerpos y las almas.

He aquí tres admirables motivos de confianza, que iluminan, sin acudir a resplandores metafísicos, los atributos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Y ninguno de ellos cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. No temáis, pues más valéis vosotros que muchos pájaros.» En fin, si es voluntad del Padre, que conoce el número de vuestros cabellos, que, como sucumbe el pajarito que cae en tierra, sucumbáis víctimas de la maldad, después de haberme confesado delante de los hombres, a mi vez, yo, Hijo de Dios, os confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.

¿Se verán abandonados a sus propias fuerzas en la hora de la prueba? Los discípulos eran galileos y pertenecían a una raza valiente y generosa, a quienes no espantaba la muerte; pero tener que comparecer ante astutos jueces, tan versados en aquella ciencia del libro, del cual ellos apenas tienen cortísimas nociones aprendidas en las sinagogas, escuchando a los doctores... era para perder la serenidad. Ahora, en todas las disputas guardaban ellos silencio, dejando al Maestro que se defendiese y los defendiese; pero, ¿qué harán cuando ya no esté con ellos? Tendrán el

socorro del Espíritu Santo: «Cuando os entregaren, no os apuréis de cómo o qué hablaréis, porque en aquella hora se os dará lo que habéis de hablar; porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre que hablará en vosotros.»

Fue el acento del Espíritu de Dios el que las almas de buena voluntad reconocieron en las confesiones de los apóstoles y de los mártires. Ya no sería la escritura de un libro sagrado, pero glosado ingeniosamente, solicitado con avidez, cuyo sentido era tergiversado por la sutileza puesta al servicio de un partido, desconocido a causa de las excrecencias que ocultaban su sencillez y su grandeza. Era la palabra sincera de los hombres que sólo temían a Dios, prestos a afrontar la muerte siguiendo el ejemplo de su Hijo y por amor a Él, hablando a todos el mismo lenguaje con la simpática cordialidad del espíritu de amor : tal fue el Evangelio.

**José María Lagrange, El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo,
Editorial Litúrgica Española, S. A. 1933, (Pag. 274- 275)**